

VERSO Y PROSA

— — — — —
TRABAJOS LITERARIOS ORIGINALES

— DE —

D. Bernardo Maeso y Torres



SEGOVIA--1916

SEGOVIA

Al ilustrado Sr. Capitán Profesor de
la Academia de Artillería y mi distinguido
amigo Sr. Alfredo Marguier
D. Marcos

26
COM

VERSO Y PROSA

de
-do

VERSO Y PROSA

TRABAJOS LITERARIOS ORIGINALES

Fuencatal, con motivo de su coronación

DE

(Maese, ¡madre Virgen adorada!)
D. Bernardo Maeso Corres



1916

VERSO Y PROSA

TRABAJOS LITERARIOS ORIGINALES

DE

P. Manuel Alonso



1910



A nuestra Excelsa Patrona la Santísima Virgen de la Fuencisla, con motivo de su coronación

¡Madre mía! ¡Mi Virgen adorada!
dame tu inspiración; cantar quisiera
tus glorias, tus milagros, tus amores
para esta tierra honrada
que cifra su esperanza en tus favores,
pero mi triste lira
que yace en el silencio más profundo
por no contar miserias de este mundo,
falta de ideales con dolor suspira,
más hoy que a nuestra Virgen se corona
sus cuerdas templa y su armonía entona.

Entre abruptos peñascos escondida
yaciste largo tiempo, más tu pueblo
que a su adorada Virgen nunca olvida
buscó tu Santa imagen con empeño
e inspirado por tí, madre adorada,
al fin halló tu lóbrega morada
y allí te edificó modesta hermita
donde poder rezar con fé contrita
a su Virgen, su gloria y su consuelo,
a la Madre de Dios, Reina del Cielo.

Pero al ferviente pueblo segoviano
no le bastaba tan pequeño alarde

de su amor hacia tí; poco más tarde
aunando esfuerzo y dones
la ermita reducida
se convirtió en un templo magestuoso
dó a su Virgen querida
poder dar culto amante y ostentoso.

Y tu, Madre amorosa
nos pagas tal cariño con usura,
bajo tu amparo reina la ventura
y huye la pena triste y angustiosa;
a ti se acoge el pobre desvalido,
todo el que sufre tu favor implora,
las lágrimas enjugas del que llora
y curas el enfermo dolorido.

Era muy niño yo, mi amante madre
me enseñaba a invocar tu nombre santo,
horas alegres, horas de quebranto
pasaron desde entonces, y ni un día
perdí la ardiente fé que en tí tenía.

Y también me contó, para quererte,
la peregrina historia
que aún vive en mi memoria,
de aquella pobre hebrea calumniada
y condenada a muerte
que del alto peñasco al ser tirada
te invocó con anhelo
y sostenida por tu mano amante
ilesa llegó al suelo
cristiana fé mostrando delirante.

Otro recuerdo más, Madre adorada,
lo que hoy es alameda
que adorna tu morada
esa hermosa arboleda
llena de frondas y murmullos suaves,

do hacen su nido las pintadas aves,
era un hoyo profundo y cenagoso
dejando paso estrecho y peligroso.

Una noche cayeron de la altura
al lado de tu templo
sin daño alguno, de tu amor ejemplo,
enormes bloques de la dura piedra
y aprovechando el dón los segovianos
todos, niños, y jóvenes y ancianos,
trabajando con fé y con santo anhelo
del cenagal hicieron limpio suelo.

Siempre Segovia, noble y cariñosa
en su Fuencisla pone sus amores,
a ti acude en sus cuitas y dolores
y confía en tu ayuda poderosa.

Hoy tu cabeza, celestial y pura
ciñe con aurea y fúlgida corona
del amor y la fé preciosa hechura
con que ama y reverencia a su patrona.

Conserva, Virgen mía, su ventura,
porque guarde su fé constante abona
y síguenos prestando tu consuelo
Santa Madre de Dios, Reina del Cielo.





ENTRE LA MUERTE Y LA VIDA

TRADICIÓN SEGOVIANA

En nuestro Museo provincial existen aún dos pequeñas y carcomidas hojas de ventana adornadas con groseros bajo-relieves, uno de los cuales representa el busto de una joven y el otro una calavera.

Los que vivíamos a mediados del pasado siglo y aún algunos años más tarde, recordarán haber visto estas hojas de ventana colocadas en la que hacía centro de la fachada de una miserable casucha, que ya no existe, situada entre las calles del Puente y de Buitrago en que se bifurca la de la Muerte y la Vida, que debe su nombre a la referida ventana o más bien al suceso que en ella se quiso conmemorar.

Para relatarle tenemos que remontarnos al triste periodo de sangrientas luchas y sensibles trastornos que precedió al célebre y glorioso levantamiento conocido en la historia bajo el nombre de «Comunidades de Castilla».

Sabido es que el Emperador Carlos I de España y V de Alemania, heredó el primero de estos tronos de su madre D.^a Juana, apellidada la loca, y el segundo de su padre don Felipe, el hermoso. Muerto éste y declarada incapacitada aquélla para regir los destinos de la Nación, se vió obligado dicho Emperador a venir para tomar posesión de su herencia,

pero, fija su vista en Alemania, se cuidó poco de los asuntos de España; por el contrario, disgustó lo mismo al pueblo que a la nobleza española, esquilmando a aquél a fuerza de tributos y quitando a aquélla todos los mandos y empleos palaciosos, para proveerlos en los Alemanes de su Corte.

Habiendo muerto su tío Maximiliano, se obstinó en marchar a Alemania, llevando de España grandes sumas de dinero para atender a los enormes gastos que le exigían las guerras del imperio. Con el fin de pedir a las ciudades este injustificado tributo, juntó Cortes en la Coruña, a donde fueron los procuradores nombrados por las mismas, llevando muchos y entre ellos los de Segovia, expreso mandato de no votar la concesión de los socorros que demandaba el Emperador.

Pero como el mal de obedecer más a extrañas influencias que al mandato de los pueblos que representan es ya añejo, los procuradores de Segovia votaron los socorros al Emperador, bien por miedo o acaso por mercedes recibidas.

Terminadas las Cortes volvieron a Segovia sus procuradores, pero habiendo sabido antes de llegar que la Ciudad estaba alborotada y que el populacho había dado muerte a algunas personas afectas a la política del Emperador, se detuvieron ocultándose en sus arrabales.

Unicamente D. Rodrigo Tordesillas, que estaba recién casado y a quien el amor llamaba sin duda a su casa con irresistible fuerza, se decidió a entrar de incógnito en la Ciudad, sin que hubiera consejos capaces de disuadirle de ello.

Consiguió llevar a cabo su intento, pero muy pronto fué conocida la noticia por el pueblo, que se presentó ante su casa pidiendo a gritos su muerte. Entonces Tordesillas llevando su valor hasta la temeridad, lejos de intimidarse, se presentó en el Ayuntamiento que por entonces se reunía en la Iglesia de San Miguel y trató de dar cuenta de su conducta en las Cortes, pero el pueblo se presentó pidiendo su cabeza y con

trabajo pudieron los que estaban dentro cerrar las puertas, para evitar el cumplimiento de sus amenazas.

Más la plebe, terrible siempre en sus venganzas, no se detuvo ni ante las puertas del templo que trató de derribar; viendo ésto el temerario D. Rodrigo se empeñó en presentarse al pueblo, creyendo calmarle con sus palabras, pero los amotinados apagaron su voz con frenéticos gritos llamándole traidor y enemigo de los pobres. Llevado entonces Tordesillas de su aristocrático orgullo hubo de apostrofar al populacho con frases ofensivas, las cuales dieron lugar a que el torrente de la ira se desbordase y echándole una cuerda al cuerpo, le sacaron arrastrando para llevarle a la horca.

Tras aquella furiosa turba salió el Clero con cruz alzada llevando el Santísimo Sacramento, y alcanzándola más allá del Convento de San Francisco trató de alcanzar del pueblo el perdón de su procurador, pero nada pudo conseguir.

Al mismo tiempo llegaron también varios caballeros, deudos y amigos de Tordesillas, que quisieron rescatarle por la fuerza de las armas, pero el pueblo cargó sobre ellos con tal ímpetu, que a duras penas pudieron salvar la vida.

Siguieron arrastrando al desgraciado D. Rodrigo hasta la puerta de Madrid, sitio de la horca, a donde llegó muerto, colgándole los amotinados por los pies y saqueando después su casa.

Desde entonces se llamó calle de la Muerte y la Vida, el trozo que se extiende desde San Francisco hasta la pequeña plazoleta en que se divide en dos, en triste memoria de los momentos que entre la vida y la muerte permaneció en ella herido y maltrecho el mal aconsejado procurador de Segovia en las Cortes de Galicia.





EL DOS DE MAYO ⁽¹⁾



¡Velarde! ¡Daoiz! ¡El dos de Mayo!
nombres gloriosos, día memorable,
en que un pueblo sacude su desmayo
y se apresta indomable
a sacudir el yugo
a que un guerrero audaz atarle plugo.

Acostumbrado a dominar naciones
al solo influjo de su aliento fiero,
ansiado sujetar el mundo entero
a su imperial corona,
aguerridas legiones
introdujo en España
valiéndose del dolo y el engaño
y creyendo dormidos sus leones.

Mas estos sacudieron su melena
lanzando al aire aliento poderoso,
y haciendo de la vida sacrificio
temer hicieron al audaz coloso
que aquí de Walterloó fuera el principio.

¡El dos de Mayo! Epica jornada

(1) Esta poesía fué escrita con motivo de la inauguración del monumento erigido a Daoiz y Velarde y dedicada al entonces Sr. Coronel Director de la Academia de Artillería D. Enrique Losada.

en que España agotada la paciencia,
defendiendo su santa independencia
a un ejército bravo y aguerrido
presenta la batalla
y solo su valor teniendo en cuenta
con vencer o morir contenta se halla.

¡Velarde! ¡Daoiz! Héroes sublimes
a quien hoy tras un siglo se enaltece,
vuestra preciada gloria,
que en aureas letras escribió la Historia,
cuanto más tiempo pasa, más se crece.

Entre opuestos deberes
luchó vuestra alma con la duda intensa,
más la Patria venció y a la defensa
de esa patria tan triste y oprimida
os preparasteis, con el noble intento
de dar por ella la preciosa vida.

Y el parque al pueblo abristeis
y las escasas armas reparisteis
a todo el que desea con coraje
emplear su potente y ruda saña
para librar a España
del francés ominoso vasallaje.

Y arde Madrid en bélico entusiasmo,
a los franceses por doquier se bate,
toda arma es buena en tan feroz combate
si causa de la muerte el frío espasmo.

Ruge el cañón, atruenan los fusiles,
lamentos de dolor, gritos de rabia,
surgen los hombres de Murat a miles
y entre los patriotas,
armados solo de furor y encono
y anhelo de venganza
ejecutan terrible y vil matanza.

Aún el parque resiste; más sin gente
y sin pólvora ya; los Oficiales
ponen la última carga en los cañones
dispuestos a morir gloriosamente,
y al ver llegar los fuertes escuadrones
entre sus filas con fragor estalla
bote postrero de mortal metralla.

Y después. . . . cien aceros
se hundieron en sus pechos
y sangrientos, deshechos
al lado de sus piezas inservibles
quedaron muertos, sí, pero invencibles,
que allí aprendió Napoleón que a España
el creer dominarla es vil patraña.

Vino la noche tétrica, sombría
y de memoria amarga
y el medroso silencio interrumpía
mortífera descarga
que muchos cuerpos en montón hería.

.....
.....

Cual ronco trueno que en la nube estalla
y en el monte y el valle repercute
sin que a su horrendo son encuentre valla
así los ecos, rápidos veloces
de la lucha sangrienta
se extienden por doquier y airadas voces
maldicen al autor de tal afrenta.

Siente España terrible escalofrío,
a luchar se prepara
y sin soldados, armas ni dinero,
en el potente brío
de sus hijos tan solo confiada
asombra su valor al mundo entero.

Zaragoza, Gerona,
Bailén, los Arapiles
testigos son de hazañas varoniles
y motivos de gloria
que eternamente guarda la memoria
y la Historia enaltece,
mientras la estrella clara y rutilante
del rayo de la guerra
que a su ambición el mundo no es bastante,
en el cielo de España palidece;
que al fin el trono de José primero
débil, como usurpado
y en la sangre de mártires bañado,
desaparece del solar Ibero,
y aquella hueste de Austerlitz y Gena
sale de España, de vergüenza llena.

¡Velarde! ¡Daoiz! De patriotismo
é indomable valor fuisteis dechado,
un templo consagrado al heroísmo
y al militar honor immaculado.

Hoy sobre ese notable monumento
que os dedica la Patria agradecida
la fama gritará con claro acento:
¡Siempre fueron los bravos artilleros
en morir por España los primeros.





MARIA DEL SALTO



TRADICIÓN SEGOVIANA

Pocas poblaciones conservan tantos restos de la dominación árabe como nuestra vieja Ciudad, llegando al extremo de que barrios enteros tienen aún tan agarena fisonomía que al cruzar de noche sus angostas y solitarias callejas, nos parece ver el blanco alquicel del guerrero mulsumán o las negras y miserables opalandas del miserable judío.

Sin embargo, el Segovia de hoy nada tiene que ver con el Segovia de los comienzos del siglo XIII en que acaeció el hecho que vamos a relatar, conservado únicamente por la piadosa fé de los segovianos, a pesar de que no existe más dato histórico para confirmarle que la partida de defunción de la protagonista ocurrida en el año 1237.

Hacia tiempo que Segovia había caído en poder de los moros, que ocupaban todo el amurallado de la Ciudad, excepto el dédalo de sucias y estrechas callejuelas que desde la plazuela del Corpus hasta la Iglesia de San Andrés, cuyo barrio llevaba y aún lo conserva en parte, el nombre de la Judería, porque efectivamente estaba destinado a ese pueblo errante y sin nacionalidad fija, que era tolerado por los moros, no obstante el profundo odio que entre ellos existía, y las vejaciones y malos tratos que continuamente les hacían sufrir.

Unicamente en los arrabales de San Lorenzo y San Marcos vivían numerosas familias cristianas agrupadas alrededor de sus respectivas Iglesias, como los tiernos polluelos se agrupan en torno de su alada madre, pronta siempre no solo a buscarles el necesario alimento sino a prestarles su débil defensa cuando les amenaza algún peligro.

Vivía por aquellos tiempos en el citado barrio de la Judea un viejo ravino, poderoso e influyente entre los de su numerosa tribu, llamado Samuel, y casado, no se sabe por que azar de la suerte, con la joven Esther que gozaba merecida fama de hermosa, al par que de sólida y nunca desmentida virtud; la cual, si no profesaba a su viejo y severo dueño una ardiente pasión, por lo menos sentía hacia él profunda veneración y tierno cariño.

Había servido de nodriza a la bella esposa de Samuel una esclava cristiana que valiéndose del ascendiente que su interina maternidad la concedía, había sabido inculcar en el tierno corazón de aquella niña los más sanos principios de la Religión cristiana, haciéndola conocer sus dogmas y misterios y sembrando de este modo semillas prontas a dar ópimo fruto si algún día la ocasión se presentaba.

Tranquilos y felices pasaban los días de la joven y hermosa Esther; pero como la felicidad no puede ser duradera en este valle de lágrimas, tuvo la desgracia de que se fijara en su escultural belleza un amigo de su marido llamado Roboám.

Desde aquel momento se vió asediada la pobre joben por las malvadas pretensiones de aquel falso amigo, que valido de la influencia que ejercía sobre el ánimo de Samuel y de la libertad de que disfrutaba en su casa, la perseguía sin cesar poniendo en juego los más infames ardides y la más refinada astucia para conseguir el logro de sus impuros deseos.

Pero la virtuosa Esther siempre encontró fuerzas en su corazón para despreciar los ruegos y amenazas de Roboám,

así como para triunfar de sus maquiavéticas asechanzas, amenazándole por fin con descubrirse todo a su marido, sinó dejaba de perseguirla con sus pertinaces pretensiones.

Lejos de causarle admiración la virtud de Esther y convencido de que nunca conseguiría lo que tanto anhelaba, su amor se trocó en odio, acariciando desde aquel momento infames proyectos de venganza.

Para lograrla cumplida la delató al Sanhedrín por adúltera y comprando falsos testigos logró probar en apariencia el crimen de que acusaba a aquella infeliz, por el que fué condenada a morir arrojada desde la Peña grajera, que así se llamaba el acantilado que rodea el Santuario de la Virgen de la Fuencisla.

Gran gentío se congregó en aquel sitio el día señalado para la ejecución. Esther, rodeada de sus jueces y acusadores apareció en lo alto del peñasco y se procedió a cumplir la sentencia; pero recordando Esther que, según cristiana creencia, la Imagen de nuestra Escelsa Patrona se hallaba escondida en aquellos peñascos, invocó con anhelo su favor y con general sorpresa se vió, al ser arrojada, que a mitad de la altura quedó suspendida en el aire y después, mecida por suaves oscilaciones, llegó al suelo completamente ilesa.

Al poner pie en tierra proclamó ardientemente su fé cristiana poniéndose bajo el amparo de nuestro clero y manifestando que la Virgen santísima la había sostenido en el aire, librándola de muerte tan cruel. A los pocos días fué bautizada con el nombre con que encabezamos estas líneas.

Hemos dicho ya que no existen documentos históricos que acrediten tan singular suceso, pero la piedad segoviana guarda a través de los siglos la tradición de este milagro de su Santísima Virgen y le conmemoran dos bajo-relieves colocados uno de ellos en el claustro de nuestra hermosa Catedral y otro sobre el arco que, próximo a la Fuencisla, dá acceso a la carretera de Arévalo.



LA LEYENDA DEL ACUEDUCTO

Nuestra Ciudad ostenta en sus blasones
la imagen de ese altivo monumento
admiración de todas las naciones
del humano poder raro portento.

Esa mole de piedra inquebrantable
en que los siglos no causaron mella,
donde marcó su poderosa huella
un pueblo formidable.

Esos sillares toscos, mal labrados,
sin trabazón alguna,
esa preciosa arcada do se aduna
al arte la belleza,
forman conjunto hermoso
de lo sencillo, fuerte y armonioso.

Por eso el vulgo, que quizás no entienda
que el hombre puede hacer cosas mejores,
inventó esa fantástica leyenda,
que al calor del hogar, nuestros mayores
contaban en las noches del invierno
tal prodigio achacándole al infierno.

Parece ser que en calle solitaria,
próxima al azoguejo, residía
un pobre Cura que con él tenía

Vino la noche triste y de improviso
la densa niebla por doquier se extiende
y la turba infernal los aires hiende
para cumplir así su compromiso.

Del Azoguejo en un rincón oscuro
Satán, al lado de encendida hoguera
órdenes dicta, con la faz severa,
al ejército impuro
de trasgos, duendes, brujas y diablillos
que diestros alarifes y canteros
peñascales enteros
vienen al pie de la obra transportando
mientras otros sillares van labrando.

Sillares que a su vez la turba insana
en rauda vuelo a las alturas sube
con la misma destreza
que la moza asturiana
lleva la limpia herrada en la cabeza.

Y cuando canta el gallo vigilante
se agita más y más la muchedumbre
y de la hoguera cárdena y humeante
se va extinguiendo la encendida lumbre.

Al despertar la aurora
queda acabado el colosal portento
y aquella ingente turba bullidora
cual negra nube los espacios hiende
y a los antros plutónicos descende.

Al despertar los buenos segovianos,
contemplando tan rara maravilla,
se santiguaron con piedad sencilla
y al demonio achacaron tal hechura
sin ver que de sus fuentes los raudales,
transparentes cristales,
nacer no pueden en la Estigia oscura

sino en vertiente rumoroso y clara
del peñascoso y alto Peñalara.

Y la moza, al tener Satán por dueño,
al Cura confesó su gran pecado;
fué despues de virtud rico dechado
y no salió el demonio con su empeño
y en cambio nos dió gratis esa arcada
que es de propios y extraños admirada.



LA CASA DE LOS PICOS



(TRADICIÓN)

Hace próximamente cuarenta años que en el punto en que se unen las calles de Cervantes (antes del Carmen) y la de Juan Bravo (antes calle Real), existía una puerta, muy parecida a la de San Andrés y dotada de los mismos medios de defensa, y a su derecha, según se sube, un caserón grande y destartalado.

Esta puerta era en tiempos remotos la principal de la Ciudad puesto que en ella recibían de manos de los Regidores las llaves de Segovia, los Monarcas castellanos que venían a ella; el caserón adjunto era la fortaleza que defendía esta puerta y en el cual residía su Alcaide.

Andando el tiempo, sea porque con la invención de la pólvora cambió el sistema de ataque y defensa de las Ciudades, o por otra razón cualquiera, la citada casa-fortaleza quedó deshabitada y en completo abandono; sin embargo los escasos transeuntes que pasaban de noche por aquellas calles y los vecinos de las mismas empezaron a notar que de la solitaria casona, salían después del toque de queda, grandes humaredas y llamaradas, oyéndose al mismo tiempo ruidos como de arrastrar cadenas y golpes de pesados martillos.

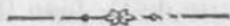
Como era de esperar de la ignorancia del vulgo en aque-

llos supersticiosos tiempos se achacaron enseguida a manejos infernales las llamas y ruidos que en el ruinoso edificio tenían lugar, y como consecuencia natural, el miedo cundió de tal modo que los que, por necesidad tenían que atravesar de noche aquellas solitarias calles, lo hacían de prisa y corriendo y santiguándose repetidas veces, huyendo *de la casa del diablo*, nombre con que la bautizaron.

Peró cansados del misterio que allí se encerraba y con objeto de hacer desaparecer aquel terrible pánico, se atrevieron una noche los familiares del Santo Oficio y la ronda de alguaciles a cercar la casa y violentar la puerta; ya dentro, no encontraron alma viviente, pero en cambio hallaron hornos encendidos, yunques, tornos, martillos, tenazas, grandes montones de trozos de diferentes metales y esparcidas por el suelo, algunas monedas recién acuñadas; por todo lo cual se vino en conocimiento de que el diablo que así turbaba la tranquilidad del vecindario, era una gavilla de monederos falsos.

A pesar de tan palpables pruebas, aún se exorcizó la casa con todo el severo ceremonial de costumbre, pero aún así no desapareció su diabólico nombre hasta que habiendo cambiado de dueño, se propuso este hacer en ella grandes reformas. Molestado por el ridículo título que se daba á su casa, encargó al alarife ó arquitecto que dirigía las obras que viera el medio de hacer algo apropósito para que la casa cambiara de nombre.

Para conseguirlo ideó la actual fachada consistente en sillares de granito en cuyas caras exteriores labró pirámides de base cuadrada que la dan un aspecto extraño á toda clase de construcciones. Desde entonces la antigua *casa del diablo* empezó a llamarse *casa de los picos*, con cuyo nombre sigue designándose.





El Alcázar, Segovia y los Artilleros

Al occidente de la abrupta peña,
dó la inmortal Segovia se levanta,
donde el Eresma y el Clamores juntan
la tranquila corriente de sus aguas,
como nido de un águila altanera
se alza soberbio nuestro hermoso Alcázar.

Sus esbeltas y agudas torrecillas
atraen desde lejos las miradas
y hacen pensar en su difícil toma
las pétreas y fortísimas murallas.

Sus nobles hechos y preclara historia
en revueltas edades ya pasadas
fueron no solo gloria de Segovia
sino el orgullo de la altiva España.

En él nació la egregia Berenguela
de tal talento y valía tanta,
que de su Rey salvó la vida y trono
domando a la nobleza alborotada.

Allí acaso el Rey sabio concibiera,
buscando el bien de la querida patria,
sus hermosas partidas, esas leyes
que son y serán siempre veneradas.

Brillante Corte de D. Juan II,
mansión de los Enríques apreciada,

testigo entre Cabrerías y Pachecos
de las luchas sangrientas y enconadas,
de allí salieron tercios aguerridos
que en Tarifa, el Salado y en las Navas
supieron conquistar nuevos laureles
y triunfantes volver a su morada.

Sentado el trono de Isabel I
en sus hermosas arabescas salas,
a su Reina y Señora tan querida
los tercios segovianos acompañan
logrando cosechar nuevos laureles
en la épica conquista de Granada.

Pasó el tiempo, y altivo y orgulloso
con sus glorias presentes y pasadas
fué convertido en la precida cuna
de la fuerza más noble y más bizarra
siendo el primer «Colegio de Artilleros
que existió en la potente y rica España.

Héroes y sabios que a su Patria honraron
salieron siempre de sus cultas aulas,
siendo Segovia madre cariñosa
de aquellos nobles hijos que aumentaban
el brillo de su nombre con sus hechos
y su preciada gloria con su fama.

Y desde entonces marchan tan unidas
las vidas artillera y segoviana
como dos ríos que sus aguas juntan
y unidos siempre la campiña bañan.

* * *

En el sesenta y dos de la centuria
que acaba de pasar, fecha que espanta,
surge para Segovia el seis de Marzo,
día de luto y de memoria aciaga.

Densa columna de humo casi oculta

los chapiteles del hermoso Alcázar
y entre el humo se ven brillantes chispas
que en el espacio cual centellas saltan,
y el pueblo segoviano se despierta
aterrado al oír ¡Que arde el Alcázar!

¡Oh! aquel portentoso monumento
que tantas maravillas encerrara
iba a ser pasto del terrible incendio,
iba a desaparecer entre las llamas.

Y aquellos sus cadetes tan queridos
que eran su orgullo y eran la esperanza
de la Patria española, tal angustia
sufriendo al destruirse su morada.

¡No, no! Segovia entera corre
y trata de apagar la ardiente llama;
los hombres atraviesan con arrojo
las ya encendidas y candentes salas
salvando cuadros, muebles, aparatos,
cuanto su mano valerosa alcanza,
y se los ve en el alto empizarrado
el pico manejando y echando agua
y espuestos á morir, pues ya los techos
con horrible fragor se desplomaban. (1)

En tanto las mujeres presurosas
y afligidas, conducen de sus casas
cántaros, cubos, todo cuanto puede
servir para llevar un poco de agua,
y a los tristes cadetes cariñosas
les brindan un asilo en su morada;
pero todo fué inútil, el incendio
no perdonó del edificio nada

(1) Mi difunto padre fué uno de los cinco paisanos que salieron los últimos del Alcázar.

y al expirar el día era un confuso
 montón de ruinas nuestro hermoso Alcázar.

¡Grande fué el susto y el espasmo horrible
 al ver Segovia desventura tanta!

Pero ama a sus hidalgos Artilleros
 no quiere, no, que de Segovia salgan,
 y con actividad a toda prueba
 en aquél mismo día fué instalada
 en el amplio local de San Francisco
 (aunque de una manera improvisada)
 la que hoy es noble escuela de Artilleros
 distinguida Academia de aquél Arma.

Pasó tiempo, primero de abandono,
 después de obras activas y acertadas,
 y restaurado el célebre Castillo
 en su pristina forma tan gallarda,
 aunque desaparecieron para siempre
 las maravillas de sus regias salas.

Parque al principio fué, después Archivo,
 más nuestro joven inclito Monarca
 mostró deseos de que siempre fuera
 patrimonio del Arma tan preclara
 que supo darle innarcesibles glorias,
 y en fecha inolvidable y no lejana
 volvió á flotar gloriosa su bandera
 en las almenas del glorioso Alcázar.

Velarde, Daoiz, Temprado, Elorza
 cuántos vertieron sangre por la Patria
 en Segovia formaron su carácter
 fuerte como los muros de su Alcázar.

Mata, Sotomayor, Hontoria y otros
 que Segovia de niño vió en las aulas

con grande ciencia y con saber profundo
han conquistado perdurable fama.

Y el valor indomable y la alta ciencia
que son características del Arma,
son a la vez blasones de Segovia
cuyo nombre a sus glorias acompaña.

¿Como no amar Segovia a quien la honra
y en todo el mundo la conquista fama?

Cuando al acorde de harmoniosa música
que bate alegre y cadenciosa marcha
desfilan esos jóvenes Alumnos
honra y orgullo de la madre patria
el pueblo corre ansioso de admirarlos,
y de verlos pasar nunca se cansa.

Y ellos también! También a su Segovia
recuerdan siempre como madre amada,
que en su regazo los felices días
de su dorada juventud pasaran.

Y si Segovia sufre, ellos la prestan
ayuda noble, poderosa y franca,
y cuando con alegre regocijo
celebra fiestas la ciudad amada
ellos también con mágicos festejos
la animan y la ayudan y acompañan.

La Academia es la vida de Segovia,
si algún día trataran de quitársela
este pueblo tan noble y tan sufrido
haría ver su poderosa saña.

Segovia y Artilleros todo es uno
como es uno en la vida cuerpo y alma!





UNA EQUIVOCACIÓN



(CUENTO)

Voy a contar a ustedes un cuento.... o un sucedido, como ustedes gusten, puesto que de todo tiene la viña del Señor.

En una de las polvorientas y poco cuidadas carreteras de nuestra provincia y lejos de todo poblado, como frecuentemente sucede, había una venta, cuyo exterior no describiré porque era igual o muy parecido al de todas las ventas habidas y por haber.

Esta con algunas tierras cercanas, era propiedad de un hombre de bastante edad, casado con una mujer poco más joven y padre de una moza de veinte años muy guapa, aunque algo cerril, por el poco trato de gentes que en aquellas soledades había tenido.

El piso bajo de la venta constaba del zaguán, de piso terrizo y mal unido, que servía de sala, comedor y de cuanto fuera menester; de la cocina y de dos alcobas, en una de las cuales dormía el matrimonio y en la otra su hija.

Del zaguán arrancaba una estrecha y carcomida escalera que terminaba en un corredor, aún más estrecho, en el cual se veían dos puertas marcadas con los números 1 y 2, las cuales correspondían a las únicas habitaciones que tenía la venta para los transeuntes que podían permitirse el lujo de

dormir en ellas. Los arrieros, así como el mozo, criado del ventero, dormían en la cuadra sobre sacos de paja, según costumbre entre ellos por estar a la vista del ganado.

Una vez por lo menos a la semana, ocupaban las dos habitaciones antedichas la pareja de la Guardia civil que hacía el recorrido en aquel trozo de carretera y que tenía por costumbre inveterada pernoctar en la venta, a falta de las casetas que después se han construido para dicho objeto.

De estos dos guardias el uno, López, era un veterano que había hecho parte de la campaña de Africa donde fué herido; por esta causa ostentaba sobre su uniforme, además de la correspondiente medalla, una cruz del Mérito militar pensionada con 7,50 al mes. El otro Gutiérrez, era casi novato en el oficio, pues hacía poco más de un año que había ingresado en la benemérita, después de cumplir su servicio en un Regimiento de Artillería.

La hermosura de la hija del ventero y la frecuencia del trato hicieron que Gutiérrez se enamorase de ella, y bien recibida su pretensión, tenían desde entonces la costumbre de salirse los dos de sus respectivos cuartos, cuando todos dormían en la venta y pasar en el zaguán un rato de amorosa y grata conversación.

Pero el demonio que todo lo enreda, hizo que el ventero tuviese la mala ocurrencia de morirse al amanecer de uno de los días en que había de llegar la consabida pareja, y como la codicia es mala consejera, la madre, la hija y el mozo convinieron, entre lágrimas y gimoteos, en no decir nada de la tremenda desgracia y acostar al muerto en el número dos con la cama hecha, como si estuviese vivo, para poder decir que era un viajero que dormía.

Llegaron efectivamente los guardias al anochecer y las dos mujeres, devorando sus lágrimas, les prepararon y sirvieron la cena. No viendo por allí al ventero preguntaron por él contestándoles la recién viuda que estaba de viaje, y ad-

virtiéndoles que tenía un huesped en el número dos, les suplicó que, por aquella noche hicieran el favor de dormir juntos en el número uno, a cuya demanda accedieron los guardias y las mujeres se retiraron a sus aposentos.

Los civiles, después de fumar un par de pítillos y de consumir el vino que les sirvieron con la cena, hicieron lo propio; López se asostó y Gutiérrez se puso a escribir en su libro de recorridas, pero cuando ya López roncaba y la venta estaba sumida en el más profundo silencio, abrió con cuidado la puerta y bajó al zaguán en espera de la acostumbrada cita.

Ya empezaba a impacientarse cuando la muchacha apareció en la puerta diciendo:

—Acuéstate, que hoy no puedo salir.

—Pero mujer, si ya has salido....

—Sí, pero estoy llo... llorando.

—Y porqué lloras? Vamos a ver.....

—No te lo pue.... puedo decir, pero estoy llo... llorando mu... mucho.

—Bueno, mujer, hablemos y dime qué te pasa.

—No, me voy adentro, que mi madre está también llo..... llorando.

Y, esto dicho, cerró la puerta; el desairado guardia tomó el único partido que podía tomar, esto es, marcharse a la cama, pero intrigado por el llanto de su novia y guiado por la costumbre de dormir siempre en el número dos, allí se metió procediendo a desnudarse.

Pero al meterse en la cama, notando el gracial frío que, como era natural, irradiaba del que él creía su compañero, le apostrofó diciéndole.

—López..... López, arrópate bien, que estás helado.

El otro, como es de suponer, ni le contestó ni hizo el menor movimiento; repitió Gutiérrez su cariñoso consejo, sin obtener resultado alguno, por lo cual dió media vuelta y se durmió tranquilamente.

Pasado largo rato, Gutiérrez oyó entre sueños que abrían la puerta del cuarto y, con sorpresa, vió que con pasos cautelosos se acercaba un hombre a la cama; y como estos buenos guardias temen siempre alguna venganza, se incorporó gritando.

—Donde vas?..... ladrón... .. asesino.....

Figúrense ustedes como se quedaría el pobre mozo de la venta, pues él era el que entraba a velar el cadaver de su amo; acometido de un miedo cerval echó a correr gritando.

—El muerto el muerto... .. que me agarra..... que me agarra.....

Y al mismo tiempo Gutiérrez voceaba dentro del cuarto.

—López.... López... .. arriba... que me quieren asesinar....

Al oír tales voces salieron al zaguán la ventera y su hija encontrando al criado acurrucado debajo de la escalera, tiritando de miedo y gritando aún, que me agarra.... que me agarra.....

—Pero hombre, que te pasa? Quien te agarra?.....

—El muerto que cuando usted me lo mandó, fui a ver si le ocurría algo, y se levantó y viene tras de mí.....

En esto apareció Gutiérrez en la puerta del número dos, con el pantalón puesto, por único vestido y chillando.

—A ese..... cogedle..... que me quería matar....

Salió también López, al ruido, y como sucede en parecidos casos todos hablaban y ninguno se entendía armándose un lío morrocotudo. Por fin López pudo imponer algún silencio y preguntó a su compañero.

—Vamos a ver, donde has estado tu esta noche?

—¡Vaya una pregunta! En la cama en el cuarto.....

—No es verdad; yo he despertado tres veces y no estabas allí.

—Yo le he visto salir del número dos, dijo la muchacha.

—No puede ser, replicó Gutiérrez; yo he dormido en el uno, con este.....

—Repito que no es verdad, que conmigo no has dormido.

—Entonces puede que me haya equivocado de cuarto, pero en resumidas cuentas ¿Quién estaba en el número dos?

—El cadaver de mi marido, que murió ayer por la mañana.

—¡María santísima! exclamó Gutiérrez todo inmutado, así estaba tan frío..... Conque es decir que yo he estado durmiendo con el cadaver de un difunto?

—Y por eso te asustas? dijo López; pues si hubieras dormido en el Gurugú entre cincuenta o sesenta.....

—Pero no estaban en tu cama..... ¡Ay! ¡Ay! Que asco y que..... miedo

—¿Y porqué nos lo ocultó usted? preguntó López a la ventera.

—Por que no se fueran ustedes a dormir a otra parte; y rompiendo a llorar como Magdalenas la madre y la hija, continuó aquélla:

—Ya ven ustedes que pena..... yo sin marido..... y esta hija sin padre.....

—Y yo durmiendo con el muerto! exclamó Gutiérrez, pero llevado de su buen corazón y de su amor a la chica que no cesaba de llorar, las dijo de repente.

—Bueno..... bueno.... no hay que gemir tanto; si usted ha perdido a su marido y esta a su padre, ténganme desde hoy por hijo de usted y por marido de ésta.

—Lo dice usted de veras? clamó la muchacha dejando de llorar.

—Tan de veras que ya puedes ir arreglando tus papeles.

Y efectivamente, un mes después se casaba el guardia con la guapa venterita; ella y su madre quedaron al cuidado de la venta y Gutiérrez siguió en la benemérita haciendo sus recorridas y pernoctando, ¿No había de pernoctar? en la que ya era su casa; al cabo de bastantes años se retiró del servicio, cuando ya era sargento.

Pero no hubo fuerzas humanas que le hicieran entrar ni

una sola vez, en el cuarto número dos, y crean ustedes que cuando el protagonista de esta verídica historia me la contó, aún su faz se tornaba lívida y sus recortados cabellos parecían las púas de un herizo, al recordar que había dormido dos o tres horas con el cadaver de su suegro.



LA CONQUISTA DE MADRID

Corría el año de gracia
novecientos treinta y dos
y ceñía Don Ramiro (1)
la corona de León;
quién domeñando la astuta
y terrible rebelión
de los hijos de Doña Fruela
a quien los ojos sacó
en pago de sus desmanes
y en un convento encerró,
para lidiar con el moro
valiente se apercibió.

Y pensando que del Conde
de Castilla el gran valor
pudiera servir de mucho
en tan crítica ocasión
le pidió su fuerte auxilio;
el Conde le concedió
y las huestes de Castilla
con las de León juntó.

Prudente fué don Ramiro
en buscar tal protección

(1) De este nombre,

y muy cuerdo anduvo el Conde
que el momento aprovechó
de adelantar sus fronteras,
después que al árabe echó,
de Sepúlveda y de toda
la segoviana región.

La guerra que prevenía
aquél Rey batallador
contra el moro fronterizo
de Toledo y su región
aprovechaba a Castilla
bastante más que a León,
pero el valiente asturiano
en esto no reparó
con tal de humillar de nuevo
el agareno pendón.

*
*
*

Muy duros eran los tiempos;
ni el pechero ni el Señor
tenían paz ni reposo;
este siempre en el arzón
cubierto de todas armas
busca el combate feroz
y aquel, la ballesta al hombro
y la abarca en el talón
trepa por montes y riscos
de sus caudillos en pos.

No había ejército entonces,
tomándolo en la acepción
de tropas disciplinadas
o quien antes se instruyó;
todo el mundo era soldado
mientras tuviera vigor

para manejar la espada
la ballesta ó el lanzón.

El Rey, declarada guerra
llamaba al feudal Señor,
a los nobles caballeros,
al denodado infanzón
y a las villas y ciudades
con que su reino formó.

Y todos allí acudían
con sus huestes y pendón
y aquél que no las tenía
con su escudo, en que pintó
su ingenio mote ó empresa
por su dama ó por su Dios.

Y es de notar que con esta
mediana organización,
según cuentan las historias
el mundo entero admiró
la certeza de los tiros
del ballestero español
y al decidido almogavar
de ejército flanqueador.

* * *

Volviendo a nuestro relato,
tras de larga digresión,
emprendieron la campaña
juntos Castilla y León.

Con Castilla las escuadras
de Segovia que acudió
con su morada bandera
en cuyo centro bordó
hábil mano aquella Puente
que según la tradición,

hizo el diablo en una noche
haciéndonos gran favor
ese diablo que anda siempre
de todo lo malo en pos.

Díaz Sanz, Fernán-García
dos Capitanes de pró,
mandaban nuestras escuadras
de esta guerra en ocasión.

Pasaron ambos ejércitos
con sigilo y con valor
esos montes, que frontera
de las dos Castillas son.

Y de tal modo su audacia
á los moros asombró
que veloces como aristas
que arrebató el aquilón
huyeron llenos de espanto,
en su carrera veloz
llevándose sus familias
y reses en confusión,
dejando frutos y tierras
a merced del vencedor
y huyendo hacia las ciudades
en busca de salvación.

Los caminos se llenaron
de gentes que el miedo echó
de sus casas, las mujeres
y los niños con pavor
lanzaban tristes lamentos
y los hombres maldición
cuando veían lejano
el siniestro resplandor
de sus campos incendiados
por ejército invasor.

¡Gran botín para las gentes
de Castilla y de León!

Lo que llevar no pudieron
en llamas se convirtió
talando así aquellas tierras
que el árabe cultivó
para aislar a las ciudades
en una gran extensión,
pues siempre va con la guerra,
el estrago y el terror.

*
* *

En estas talas y algaras
el verano se pasó
y ya mediado el otoño,
por dar empleo al valor
de tanto noble caudillo,
el ejército emprendió
la marcha sobre Madrid,
pero volverse pensó
Don Ramiro sin tentar
el sitio, porque temió
de Madrid la fortaleza
que el árabe con valor
defendía, y del invierno
lo frío, crudo y traidor
que pudiera con sus nieves
de la montuosa región
cerrar los pasos y verse
cual nunca jamás se vió
acorralado el ejército
del fiero y audaz León.

Pero el Conde de Castilla
arrogante defendió

el sitio, por ser peligro
cierto, y mala solución
el dejar a las espaldas
enemigo de tal pró
que en lo fragoso del monte
pudiera cargar feroz
sobre las cansadas huestes
de Castilla y de León

Al parecer del buen Conde
toda Castilla se unió;
los caudillos de Segovia,
que era en tan ardua ocasión
la mayor interesada,
de tal modo la razón
sostuvieron del asedio
que en el Real sitiador
al pedir alojamiento
el Monarca contestó:

«Id a buscarle a Madrid
pues tan denodados sois».

Y de Madrid el asedio
el ejército emprendió.

*
*
*

El Conde Fernán-González
asáz diestro y previsor,
en cinco partes las tropas
con acierto dividió
dejando una de reserva
al mando del de León.

Por los puntos cardinales
las otras cuatro mandó
que emprendieran el asalto
con energía y valor.

Una de ellas que formaban
tercios de nuestras región,
la que de Guadalajara,
antes puerta se llamó,
y hoy llaman puerta cerrada
el sitio donde existió,
con osadía y empeño
que raya en obstinación
y desprecio de la vida
bravamente combatió.

Los de Madrid a su vez
se batían con tesón
defendiendo aquellos muros
que su Rey les confió.

Cuando tuvieron a tiro
las gentes del sitiador
las máquinas y ballestas
dispararon con furor
y de flechas y bodoques
el espacio se llenó;
más despreciando el cristiano
aquella lluvia feroz
a las altivas murallas
sus escalas arrimó.

Frenéticos unos y otros
se batían con tesón,
subían nuestros soldados
escalón por escalón,
más los de dentro aplastaban
al valiente asaltador
con grandes piedras, del muro
arrojadas en montón.

Los ayes del moribundo
los gritos del lidiador,

y los rugidos de rabia
y de desesperación
atronaban el espacio
y al alma daban pavor.

Convencido nuestro ejército
de que era inútil valor
para entrar a escala franca
con tan fiera guarnición
con sus máquinas las puertas
y muros aportilló.

Díaz Sanz, Fernán-García
con su brava gente en pós
una torre combatieron
con heróico valor,
y a pesar de los esfuerzos
que el árabe desplegó,
brecha abrieron en la torre
y por la brecha se entró
nuestra escuadra, destruyendo
cuanto a su paso encontró
y en el adarve más alto
tremoló nuestro pendón.



En tanto Fernán-González
allá en la puerta del Sol,
trás de titánica lucha
también entrada logró
a pesar de hallarse herido
por su indómito valor.

El ejército cristiano
llegar pudo al interior
de aquél Madrid, que valiente
sus ataques resistió

llevando a sangre y a fuego
cuanto escita su furor.

Entonces nuestros caudillos
a Ramiro el de León,
le mandaron un mensaje
en que decían: «Señor,
podeis entrar en Madrid
sin cuidado y sin temor,
pues la gente de Segovia
donde alojaros halló».

Y entonces el buen Ramiro
entró como vencedor
por la puerta que cerrada
nuestro ejército encontró.

Dentro ya todas las huestes
de Castilla y de León,
de aquel famoso Madrid
la conquista terminó.

Y no pudiendo dejar
suficiente guarnición
para defender la villa
tomada con tal valor,
de destruirla, el incendio
fácilmente se encargó.

«Et confregit muros ejus»,
Dice un viejo cronicón.

*
*
*

Tales fueron las hazañas
y los rasgos de valor
que la gente de Segovia
por su Patria y Religión
llevó a cabo ante los muros
del que fué rico florón

del califa de Toledo,
que su pérdida lloró
por dejar franco camino
a Castilla y a León.

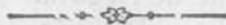
Por ellas el Rey Ramiro
a sus caudillos premió
dándoles nuevos blasones
y respetable porción
del terreno conquistado
por su audacia y su valor.

Y encima de aquella puerta
que por los nuestros se abrió
el escudo de Segovia
se puso por alto honor.

* * *

De sentir es que en Segovia,
mostrando más afición
a estas cosas, que en lo antiguo
la dieron fama y honor
nada exista que recuerde
tal hazaña y tal valor.

Día-Sanz, Fernan-García
capitanes de tal pró,
merecen que les rindamos
un homenaje mayor
que dar su nombre a dos calles
y olvidar su noble acción,





Origen de las Catorcenas en Segovia

Corría el año 1410 de nuestra era, época calamitosa por las revueltas de los ambiciosos próceres en la minoría de don Juan II y por la preponderancia que moros y judíos iban adquiriendo, merced a las intestinas guerras con que, por fútiles motivos se destrozaban las mesnadas de los señores feudales.

El odio a las huestes agarenas, no se acababa ni podía acabarse hasta terminar nuestra gloriosa reconquista, pero aún mayor odio y mayor desprecio se profesaba a los judíos; sin que este odio estorbara a que, unas veces por su ciencia, otras por sus tesoros y muchas por sus intrigas y sus amaños, fueran elevados a los Consejos de la Corona, sacando partido de la alquimia, de la nigromancia y demás embelecos llamados entonces ciencias ocultas.

Vivía por entonces en las tétricas encrucijadas de la Judería vieja un poderoso judío llamado Dommair, célebre por su saber y sus grandísimas riquezas que le abrían de par en par las puertas de nuestro Alcázar, donde a la sazón se aposentaba la Real familia, con todo lo que en aquel tiempo constituía nuestra transhumante Corte. La casa de Dommair estaba próxima a la Sinagoga, hoy Convento de Corpus, de la cual era también uno de los sacerdotes más fanáticos y que más odio profesaban a los cristianos.

Un día se presentó a su puerta un hombre pobre y de es-

cuálido rostro demandando hablar a tan poderoso judío, cuya grandeza no le impedía ejercer también de usurero, cuando la ocasión se presentaba; una vez en su presencia se entabló entre los dos el siguiente diálogo.

—Señor, soy sacristán en la parroquia de San Facundo, pero las enfermedades y otros disgustos de la vida me han reducido a tal estado de miseria que no tengo ni aún pan que dar a mis hijos, y mi esposa espira entre los horrores de la fiebre, por no tener con qué pagar las medicinas que necesita.

—¿Y qué deseas?

—Que, compadecido de mí, tengais a bien prestarme algunos cequíes, que os devolveré en cuanto mi triste situación lo permita, y cuyo pago os garantizo con mi honradez, que todo Segovia conoce.

—No es gran cosa la garantía que me ofreces; pero consentiré en darte cien cequíes, siempre que tu me sirvas en algo que deseo y de este modo nada me deberás.

—¡Ah, señor! Díos os pague vuestra caridad y estad seguro de que por grande que sea el servicio que me exijan, no dejaré de cumplirlo.

—¿No decís que en vuestra misa el pan se transforma en el cuerpo de Cristo?

—Así nos lo enseña nuestra Santa Religión, señor, y así lo creemos.

—Pues bien, yo deseo tener en mi poder uno de esos panes, así transformado, entrégamele y tendrás tus cien cequíes.

—¿Que es, señor, lo que me proponéis? ¿No conocéis que es mi condenación eterna lo que me pedís, y que las más horribles excomuniones caerán sobre mí, si tal sacrilegio cometo?

—Calma tus escrúpulos y piensa solo en llevar la salud y la abundancia a tu familia; solo conservaré en mi poder dos o tres días la Hostia que me entregues y nadie más que nosotros lo sabrá.

El hambre, la miseria y las privaciones, causa frecuente de los grandes crímenes, hablaron más alto en el alma de aquel desgraciado que el cumplimiento de su deber y la firmeza de sus creencias, consintiendo al fin, en entregar al judío la Hostia que deseaba; la entrega tuvo efecto, mediante el precio estipulado, aquel mismo día, convirtiéndose el pobre sacristán en un segundo Judas Iscariote.

Apenas tuvo Dommair en sus manos la Sagrada Forma convocó a todos los notables de su tribu, y reunidos en la Sinagoga discutieron qué martirio habían de dar y qué pruebas habían de hacer sufrir a aquella Hostia, por si acaso era verdad que estaba en ella el Cuerpo de Jesucristo, a quien, al parecer no les bastaba haber crucificado una vez.

Decidieron por fin, echarla en una caldera de pez hirviendo y procedieron enseguida a preparar los instrumentos del suplicio, después de ofrecer a Jehovah aquel nuevo sacrificio de una víctima en que no creían.

Pero en el momento en que iban a cometer tan horrible sacrilegio la Sagrada Forma se escapó de sus impuras manos, un formidable y espantoso trueno resonó en el espacio y las paredes de la Sinagoga se abrieron por varias partes, de lo cual aún existen indelebles señales.

Poco tiempo después pagaban en las llamas su horrible delito casi todos los que en él tomaron parte, entre ellos Dommair, de cuyo proceso resultó también haber contribuido a envenenar a D. Enrique, padre del monarca D. Juan II, que reinaba a la sazón.

En conmemoración de este asombroso milagro, la misa solemne del día de Corpus se celebra en el indicado convento, en vez de celebrarse en la Catedral; al mismo tiempo se instituyó esa popular fiesta, exclusiva de Segovia, llamada la Catorcena, cuyo nombre procede de que siendo entonces catorce las parroquias, le corresponde a cada una celebrar esta fiesta cada catorce años.

Cinco siglos han transcurrido desde entonces y las Catorceas siguen celebrándose con la misma solemnidad y el mismo entusiasmo, y durante los días de estos festejos, los vecinos de la parroquia que los celebra echan, como vulgarmente se dice, la casa por la ventana.



SOCORRO DEL CIELO

Leyenda premiada en el certamen literario celebrado con motivo del Centenario de San Juan de la Cruz.

A orillas de una laguna
cuyas aguas verdinegras
fondo de cieno denuncian,
cuya superficie tersa
riza el aire con su soplo
y con el sol centellea,
siendo espejo de los cielos
para ocultar su impureza,
como se oculta el delito
tras virtuosas apariencias,
un grupo de alegres niños
con gozo envidiable juegan;
con risas, con algazara
a su recreo se entregan
y aplauden con entusiasmo
sus infantiles proezas.

Tiran al agua varitas
y con ansiedad esperan
que las perezosas ondas
a las orillas las vuelvan

y de vencedor el premio
logra el primero en cogerlas.

Solo en esa tierna edad
de tan hermosa inocencia
una cosa tan sencilla
de tal modo se celebra.

Más como nunca en el mundo
suele haber dicha completa,
uno de ellos, Juan de Yepes,
cuya rizada melena,
cuya mirada tranquila
y cuyas formas esbeltas
más que a un hijo de los hombres
a un Serafín asemejan,
inclinase hacia la vara
con tan fatal ligereza,
que falto de todo apoyo
cae en las ondas revueltas
y desaparece al punto
como sorvido por ellas.

* * *

Cual bando ligero de tiernas palomas
que asusta el disparo de algún cazador,
cual triste rebaño que vaga en las lomas
y allí le sosprende del lobo el furor,
así aquella turba de alegres chicuelos
con alas que el susto sujeta a sus pies,
con tristes lamentos, clamando a los Cielos
emprenden la fuga del campo a través.

Rendidos, jadeantes, ahogados de pena,
llegando a la ansiada cercana ciudad,
dan cuenta del caso y en torno resuena
un grito sublime ¡Favor! ¡Caridad!

Que todos aprecian la tierna inocencia

del niño Juanito, su hermoso candor,
sus dulces afectos, su ciega obediencia
al código eterno que impuso el Señor.

Cual bola de nieve que crece rodando
así los rumores crecieron también;
las nuevas de males se estienden volando,
con pies van de plomo las nuevas del bien.

Al fin sabe entera la atroz desventura
la viuda infelice, la madre de Juan,
inunda su pecho cruel amargura
y corre hacia el lago, creciendo su afán.

Con ella van muchos a darla su ayuda,
que llega ya tarde bien claro lo vé,
más pide al Eterno clemente la acuda
pues guarda su pecho tesoro de fé.

Corriendo van todos, sin paz, sin consuelo,
que acaso no puedan su vida salvar;
más ¡ah! ¡Que prodigio reservan los Cielos!
¡Que pluma pudiera su asombro pintar!

Allí, hacia la orilla, postrado de hinojos
se encuentra el objeto de su tierno amor
fijando en el Cielo los limpidos ojos,
cruzadas las manos con santo fervor.

Allá va la madre, amantes se abrazan,
a dulces cariños se entregan los dos,
la Eterna clemencia sus labios ensalzan
y juntos, rendidos, dán gracias a Dios.

Ya vuelven llevando su prenda querida,
rodeanle todos, albricias le dán;
el raro portento, con voz conmovida
y acento inspirado así cuenta Juan.

* * *

Cuando en el lago caí
y en su fondo me encontré

ayuda al cielo pedí,
y su favor invoqué.

Envuelto en inmundo cieno
que tenaz me sujetaba,
con el ánimo sereno
luchando con él, rezaba.

A pesar de mi valor
más en el fondo me hundía;
recé con doble fervor
cual se reza en la agonía.

Al Faro de salvación
la Virgen clemente y pura
elevé mi corazón,
cifré en ella mi ventura.

Y cuando ya tal tormento
iba mi vida a acabar
sentí impulso violento
y aire hallé que respirar.

Aunque lejos de la orilla
sobre el agua me encontré
por extraña maravilla
que más acrece mi fé.

Cercada de resplandor
que la blanca aurora imita
mirándome con amor
vi allí a la Virgen bendita.

De sus ojos emanaba
tal encanto, tal ventura
que mi peligro olvidaba
estasiado en su hermosura.

Divina y segura planta
fija en el piélago insano
y sobre el agua adelanta
tendiendo hacia mí su mano.

Aún el ciego a mí adherido
¿Cómo aceptar tal ventura?
¿Cómo manchar atrevido
aquella mano tan pura?

De pronto ¡Favor precioso
que nunca esperar osara!
surgió a mi lado su Esposo
alargándome su vara.

Al báculo milagroso
me así; a la márgen me llevan
y entre cántico armonioso
hacia los Cielos se elevan.

Absorto en su adoración
me encontrasteis de rodillas;
—Tal fué de Juan la sencilla
y piadosa relación.

Absortos se quedan los que oyen la historia
mirando a Juanito con santo temor,
que adorna su frente un nimbo de gloria
y acude María a darle favor.

Razón les asiste; el niño que el Cielo
rodea tan pronto de mágica luz
fué luego el ardiente campeón del Carmelo,
el místico asceta San Juan de la Cruz!



LA PRINCESA ENCANTADA

(TRADICIÓN SEGOVIANA)

Es de noche, suave la aurora
riza las ondas serenas
del claro Eresma, y las calles
de la ciudad que rodea
alumbrada la blanca luna
con luz tan clara e intensa
que, donde no da, parecen
más oscuras las tinieblas.

Al pie de árabe palacio,
en solitaria calleja,
se oyen de un laud los ecos
pulsado por mano diestra,
y respondiendo a sus notas
apasionadas y tiernas
se abre un calado ajimez
y Morayma, la más bella
de las moras segovianas,
se asoma y escucha atenta
aquellas notas que el aura
hasta su ventana lleva.

Más de pronto, se oye el ruido

que hace al abrirse una puerta,
 se ven sombras que se agitan
 en la lóbrega calleja,
 se oye un grito, y del laud
 dejan de vibrar las cuerdas.

* *
 *

En un rico camarín
 que el oro y azul esmaltan
 con delicados dibujos
 y menuda filigrana,
 do pintados pajarillos
 cantan en jaulas doradas
 y en cuyo ambiente se aspiran
 gratos perfumes de Arabia,
 sobre la blanca alcatifa,
 cabe la abierta ventana,
 presa de agudo desmayo
 yace la infeliz Morayma
 tan hermosa, que un creyente
 por una hurí la tomara.

Se alza un tapiz y aparece
 en la puerta de la estancia,
 con blanco alquicel cubierto,
 un viejo de luenga barba,
 de pronunciadas facciones
 y penetrante mirada.

Es Abdul-Hacen, el padre
 de la infelice Morayma
 que, al verla tendida en tierra,
 en sus brazos la levanta
 con tal vigor y tal fuerza
 que rudamente contrastan
 con las arrugas del rostro
 y la nieve de las canas.

Sobre un divan la coloca
y de un frasquito, que saca
de entre su ropaje, vierte
en la boca inanimada
algunas gotas y espera
frio cual marmórea estatua.

Brota un suspiro del pecho
de la joven desmayada
pintándose en sus mejillas
suaves tintas sonrosadas,
abre al fin los negros ojos
y confusa la mirada
fija en la torva figura
amenazadora, airada,
de su padre, con voz trémula
y en trisre llanto bañada
—¿Le habeis matado?—pregunta•
—Y cien veces le matara—
—¡Ramiro!.....¡Pobre Ramiro!
entre sollozos esclama.

—No pronuncies ese nombre—
dijo Abdul con voz airada.

—Quien descende del Profeta
nunca puede ser cristiana,
ni he de consentir que sea
por cristianos codiciada—

—Perdón, Padre, mas su amor
entero guarda mi alma;
si ser su esposa no puedo
por vuestra traición villana,
en un cristiano convento
iré a llorar mi desgracia—

—Antes que eso, si tan débil
soy, que mi gumía acerada

no pueda hundir en tu pecho,
vendrá en mi auxilio la magia
y en una flor o una piedra
vivirás siempre encantada—
—Lo impedirá esta sortija—
—Es cierto; en hora menguada
te la dí para guardarte;
prodigio es de nigromancia
en que mi ciencia se estrella,
contra ella no puedo nada.

Más oye lo que he dispuesto
y a obedecer te prepara;
tu primo Muza pretende
hacer de ti su sultana,
pero quiero que tu mano
sea el premio de una hazaña.

Cuando termine esta luna
por tu amor romperán lanzas
y del vencedor el premio
será tu mano, Morayma.

Así dijo y con sereno
paso, salió de la estancia
dejando a la pobre niña
en triste llanto anegada.

*
*
*

En la margen del Eresma
y casi al pie del Alcázar,
en esa estensa llanura
que hoy *Alameda* se llama,
grande multitud se agolpa
en torno de estensa valla
ansiando ver el torneo
que Abdul-Hacen anunciara.

En el centro del palenque

riquísimo estrado se alza
dó la reina del torneo,
la hermosísima Morayma
preside triste la fiesta
por su padre acompañada.

Apenas el rubio Febo
sus rayos al mundo lanza
cuando en la lid se presenta,
cubierto de ricas armas
con blanca toca de lino
y garzota de esmeraldas,
Muza, el rayo de la guerra,
que sostiene por su dama
en aquél día el palenque
con otros tres de su casa.

El ronco atabal resuena,
la muchedumbre le aclama,
mientras la pena tortura
a la infelice Morayma.

Largo fuera referir
de aquél día las hazañas
que de Muza y sus parientes
aumentan la justa fama.

Pero al caer de la tarde
demanda en la liza entrada
un bizarro caballero
cubierto de negras armas,
y en el escudo de Muza
colgado en la empalizada
golpea airado y terrible
con el hierro de su lanza.

Al ver aquel reto a muerte
todos espantados callan
compadeciendo a aquél loco

que con su negra celada,
montando negro corcel
resuelto a la lid avanza.

Suena la señal y al punto
como flechas disparadas
parten los dos caballeros
se encuentran frente a Morayma,
cae Muza, brota sangre
manchando su veste blanca.

Corre el bravo caballero
que ostenta las negras armas
a la tribuna en que ansiosa
mira el combate Morayma.

Cae de hinojos ante ella,
la visera levantada,
—¡Es mi amor! ¡Es mi Ramiro!
llena de alegría exclama,
más de su padre en los ojos
vé brillar, lúgubre saña,
y por librar a su amado
la sortija que la guarda
le entrega al punto quedando
ella así desamparada.

Abdul-Hacen traza un círculo
con su corba cimitarra
y hórrido trueno se escucha
que retiembla en la explanada,
donde todo desaparece
y Ramiro solo se halla.

*
*
*

Es fama que desde entonces
la desdichada Morayma
en la *Fuente de la Dehesa*
por su padre esta encantada.

Solo romperá el encanto
quien antes que luzca el alba
logre coger una cinta
que a la última campanada
de las doce de la noche
flota entre las linfas claras
de la poética fuente
de San Juan en la velada.

Y que el triste ruiñeñor
que allí sus cánticos lanza
es Ramiro, que pretende
en noche oscura y callada
hacer llegar sus endechas
a la encantada Morayma.



SALUTACION A LA BANDERA

¡Salve, bandera de la patria mía!
honra y orgullo de la gente hispana,
emblema del valor y la hidalguía
con que supo sufrir muerte inhumana
ocultando en tus pliegues su agonía
el soldado español, porque la insana
mano del vencedor no haga girones
tu noble escudo y límpidos blasones.

Yo te saludo ¡Enseña victoriosa!
que de mis padres los modestos lares
cobijas y defiendes cariñosa
mientras mi sueño arrullan los cantares
que relatan hazaña portentosa
de esforzados caudillos que a millares
dando a su patria inmarcesible gloria
brillante puesto ocupan en la Historia.

Por tí, guiados a la lucha fueron
buscando ansiosos la enemiga saña,
con la fé y el amor siempre vencieron
haciendo el nombre respetar de España.

¡Bandera que mis padres defendieron
dejando sangre y vida en la campaña
antes que nadie tu blasón ofenda
yo juro de mi vida hacerte ofrenda!



NOCHE TRISTE



Frío, tinieblas, densos nubarrones
ocultando el azul del firmamento,
ni una estrella se ve en el horizonte
ni un rayo de la luna alumbra el suelo.

Hojas amarillentas de los árboles
arranca sin piedad el crudo cierzo,
que al penetrar en las tortuosas calles
se retuerce feroz, vibrando fiero.

En uno y otro templo las campanas-
con quejumbroso son tocan a muerto,
llevando frío al corazón y al alma
la inmensa pena de fatal recuerdo.

¡Que pobre humanidad! corriendo en vano
tras el fantasma de ambicioso sueño
no ve que al fin de su carrera larga
solo hay horrible y enlutado féretro.

¡Vivir, morir! La vida, de la muerte
en misteriosa evolución naciendo,
y entre la vida y muerte, un solo instante
que el hombre pasa delirante y ciego.

¿Que es morir? ¿Es reposo en absoluto,
dejar de ser, en el olvido eterno
y convertirse en el ligero polvo
que a apartadas regiones lleva el viento?

Y si es morir la negación, la nada
¿porqué tenemos a la muerte miedo?
No, ante el silencio de la tumba fría
no acaba el hombre su destino incierto.

Hay algo más allá; algo que premie
de esta vida el eterno sufrimiento;
el morir es nacer a nueva vida,
de la eterna *verdad* llegar al reino.

Es el fin que conduce a nuestras almas
hasta el seguro y anhelado puerto
dó el sublime principio de la vida
en su eterno esplendor conoceremos!



BRINDIS

leído en un banquete celebrado por los señores Jefes y Oficiales de la Academia, el día de Santa Bárbara, siendo Coronel Director de la misma D. Eusebio Sanz.

En el momento alegre y bullicioso
en que el banquete fraternal termina,
cuando hierva el champagne en la ancha copa
que el entusiasmo y sentimiento aviva,
estrechando los lazos del cariño
entre Oficiales que al jurar un día
sacrificar la vida por su patria,
se juraron también amistad íntima
tan fuerte y duradera como el bronce
de los cañones que en su escudo pinta,
permítidme que yo, que en la Academia
soy tan humilde cual ligera arista
que el viento arrastra en su revuelto giro,
mi pobre brindis con placer emita.

Perdonadme por ello; no es capricho
ni es afán de pulsar mi vieja lira
ante mi Director, que mucho y bueno
le tengo que envidiar en poesía.

Es mandato del alma poderoso
que en el respeto y el amor se inspira

a esa pléyade honrosa de Oficiales
a quien acata y cuya ciencia admira.

De mi niñez envuelto entre las brumas
hay un recuerdo que mi mente escita;
yo vestí el uniforme de cadete,
a esplicaros porqué no acertaría.

Entré a menudo en el altivo Alcázar
y en sus aulas a veces escribía
cálculos algebraícos y arimèticos
cediendo a las instancias repetidas
de alumnos cariñosos, que alababan
de mi escaso saber tales primicias.

Allí empecé a aprender; hoy que al ocaso
corre ligera mi agitada vida,
vuestra enseña de gloria y heroismos
otra vez con sus pliegues me cobija.

No puedo, no, callar; dejad que un brindis
en esta noche con placer emita.

¡Por nuestra Santa y celestial Patrona!
¡Por nuestro Rey! ¡Por la nación bendita
donde vimos la luz! ¡Y por mis Jefes
en que la ciencia y el valor anidan!

Perdonadme otra vez, que ya concluyo
y vuelvo a ser

El Auxiliar de Química.





LOS SECRETOS DE LA QUÍMICA



(CUENTO)

Erase un matrimonio joven, hacía poco más de dos años que se había casado, él no tenía nada notable en su parte física pero en cambio era doctor en no se cuantas cosas y miembro de muchas Academias y Sociedades científicas. La mujer era una preciosa morena de exhuberantes formas, pelo negro como la andrina y ojos grandes y aterciopelados, era además mujer de muy buen sentido y criterio nada vulgar.

Tres meses duró su feliz viaje de novios que pasaron veloces en medio de las delicias que su mutuo amor les proporcionaba; pasó también ese hermosísimo periodo llamado luna de miel y poco a poco volvió el marido a enfrascarse en sus estudios y sus librotes olvidando al mismo tiempo la asiduidad amorosa y las delicadas atenciones que antes dedicaba a su amante esposa.

Esta metamorfosis en la conducta de su marido no le podía ser agradable, puesto que a las mujeres no las gusta ser postergadas ni aún a la ciencia, así es que entrando un día en el cuarto de estudio de su marido con un fútil pretexto aquél la contestó de una manera desabrida y ella, con algún enfado le dijo:

—Pero ¿qué hay en esos libracos que te ilusionan hasta olvidar el cariño de tu esposa?

A lo cual él, revistiéndose de inusitada seriedad, la contestó:

—Hija, estos son secretos de la ciencia que tu no puedes comprender.

Esta contestación la dejó perpleja y aumentó su disgusto, pues si no se conceptuaba tan sabia como su marido, no creía tampoco ser una tonta de capirote.

Al poco tiempo notó un nuevo cambio en la conducta de aquél, ya no hojeaba tanto sus marmotretos, pero en cambio pasaba casi todo el día fuera de casa y sobre todo salía todas las noches volviendo a su casa a las primeras horas de la madrugada, pretestando para ello la necesidad de asistir constantemente a sesiones académicas y reuniones científicas pero como a su conjunta mitad, no se la cocía el pan en el horno, como vulgarmente suele decirse, la ocurrió registrar las ropas de aquél sabio, tan indiferente con su mujercita y efectivamente encontró en uno de sus bolsillos el retrato de una graciosa rubita, con una expresiva dedicatoria.

Pensando con su buen juicio que un escándalo serviría solamente para empeorar su situación, se limitó a investigar quién era ella y como a la curiosidad de las mujeres no hay secreto imposible de descifrar, pronto supo que la rubita era una artista coreográfica que actuaba en uno de los principales teatros de varietés.

Coincidió este descubrimiento con noticiarla su marido, que habiendo sido nombrado por el Gobierno miembro de una comisión científica para investigar las producciones de la remolacha en varias regiones, tenía que marchar al día siguiente y que su ausencia duraría ocho o diez días.

Como este viaje favorecía el plan que ella se había forjado para atraer a su marido mediante una buena lección, no demostró el menor disgusto, antes al contrario, se esmeró en

prepararle su equipaje y efectivamente el flamante comisionado partió al día siguiente. Lo que no hemos podido averiguar es si la rubia bailarina formaba también parte de tan notable comisión.

En el mismo día la ofendida esposa fué a la casa de un célebre *coifféer des dames* repitiendo sus visitas durante varios días; el sabio investigador de la remolacha volvió efectivamente a los diez días de ausencia, pero al entrar en la sala se quedó estupefacto y sin poder dar un paso al encontrar en ella una hermosísima señora con esplendente cabellera rubia y tez blanca y nacarada, hasta que ella le dijo:

—Pero entra, hombre..... ¿que te pasa?

—Perdona, pero no te había conocido..... ¿a que viene ese cambio?

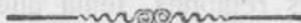
—Te diré, supe que te gustaban las rubias y me propuse que la tuvieras en casa para que no la buscaras fuera.

El pobre hombre al ver descubierto su secreto y al considerar la generosidad de su mujer, cayó de rodillas ante ella exclamando:

—¡Perdona, amada mía!..... Pero ¿como has podido conseguir este cambio?

A lo cual ella, parodiando la enfática seriedad de su marido, contestó:

—¡Ay hijo! Estos son secretos de la química que tu no puedes comprender!





LOS GUERRILLEROS

en la guerra de la Independencia.

Oscura y triste es la noche,
fuerte y frío el viento silva
entre las nudosas ramas
de las peladas encinas.

Cae la nieve en gruesos copos
con inusitada prisa,
cubriendo blanco sudario
del monte faldas y cima
y borrando los senderos
que tortuosos se deslizan
entre jaras y maleza
al borde de horrenda sima.

Noche en que solo los lobos
abandonan su guarida
buscando ansiosos la presa
que famélicos codician.

Y sin embargo, esa noche
tan lúgubre, triste y fría
se ve, cruzando del monte
la senda resbaladiza,
una larga fila de hombres
que cual sombras se deslizan

silenciosos cual fantasmas
y ligeros cual ardillas.

Harapientos, mal vestidos,
muchos que la nieve pisan
con curtido pie desnudo
y muchos aún sin camisa.

Pero todos llevan de armas
completo arsenal encima,
trabucos, sables, pistolas,
cuchillos de hoja buida,
hachas, lanzas, tercerolas,
todo cuanto se utiliza
para destrucción y muerte
frutos de guerra maldita.

Bajan ya la opuesta falda
del monte, al rayar el día,
dirigiéndose a un poblado
que muy cerca se divisa.

Entonces se ven sus caras
atezadas y sombrías;
de atrevidos guerrilleros
son una fuerte partida
que el valiente Empecinado
con fuerte mano acaudilla.

Saben que andan los franceses
por aquellas cercanías
y hacia aquél próximo pueblo
su fiero instinto les guía.

Y no en valde, que en las casas
y hasta en la calle dormita
una columna francesa,
por su mal, asáz tranquila.

Divide el Empecinado
en tres grupos su partida,

dos para atacar el pueblo
y el más fuerte le destina
a que a las tropas francesas
corten la única salida.

Cual el tigre en el desierto,
que la caravana atisba,
se lanzan los guerrilleros
sobre las tropas dormidas.

Muchos son y son valientes
los franceses que allí anidan,
más la atrevida sorpresa
les aturde y aniquila.

Suenan tiros y lamentos,
imprecaciones malditas,
caen los hombres a montones
y muy pronto en sangre tintas
se ven las estrechas calles
donde mezclados se agitan
españoles y franceses
dando alimento a sus iras.

Los franceses ya vencidos,
tratan de buscar salida,
pero les cierran el paso
los hombres de la guerrilla
haciendo nutrido fuego
que les causa nuevas víctimas.

Caen muchos prisioneros
y recoge la partida
armas, caballos, dinero
y aún joyas de gran valía,
y Juan Martín deja el pueblo
seguido de su partida
pensando donde hacer otra
terrible carnicería.

Al propagarse veloces
las alarmantes noticias
de los portentosos hechos
que en la coronada Villa
tuvieron lugar el dos
de Mayo ¡Glorioso día!
en toda España sonaron
gritos de venganza y de ira.

¡Viva nuestra independencia!
por todas partes se oía
y los pueblos se aprestaban
a luchar con valentía
hasta hacer salir de España
las huestes aborrecidas
del coloso de la guerra,
del genio de la conquista
que a pesar de ser un genio
a España no conocía.

De los pueblos de Aragón
de Valencia, de Castilla
o mejor dicho, de todas
las españolas provincias,
muchos hombres atrevidos
a quien la guerra atraía,
salieron por esos campos
prontos a perder la vida
solo por matar franceses
donde encontrarlos podían.

Y aquellos pequeños grupos
engrosaban cada día
hasta convertirse en fuertes
y numerosas partidas
siendo terror de franceses
Juan Martín y Espoz y Mina.

La guerra que estos caudillos
 con sus terribles partidas
 día y noche, sin descanso
 a los franceses hacían
 no era aquella que los bravos
 de Marengo y Beresina
 batiéndose en todo el mundo
 perfectamente sabían.

Era el copo, la sorpresa,
 la astucia, la sangre fría,
 los recodos del camino,
 las sendas desconocidas,
 el monte que los oculta
 el instinto que les guía;
 era la noche, el acaso,
 la marcha pronta, atrevida,
 encontrando donde menos
 lo esperaban las partidas.

Era el español aliento,
 el arrojo y valentía
 propio de este noble pueblo
 que con gusto sacrifica
 por su hermosa independencia
 cuanto tiene, hasta la vida.

Aquéllos rudos paisanos
 por su propia iniciativa,
 sin pagas ni otros recursos
 que los que agenciar podían
 con el botín de la guerra
 y su táctica atrevida,
 más daño al francés hicieron,
 con sus rudas embestidas
 que una nube de langostas
 en las doradas espigas.

Juan Martín el de Castrillo,
el valiente Espoz y Mina,
Chaleco, Sánchez, el Fraile,
Porlier, Durán, Mir, Rovira,
Tabuena, Merino, Longa,
Lacy, Clarós y Cuevillas
y tantos y tantos otros
que acaudillaron partidas,
por la patria independencia
poniendo en riesgo sus vidas,
merecieron los laureles
que España les adjudica.

Y la Historia dirá siempre
que aquéllas rudas guerrillas,
del gran Capitán del siglo
fueron cruel pesadilla.

Napoleón el mundo entero
conquistar se proponía,
más vino aquí y desde entonces
dió principio su caída,
¡y es que a España se la engaña,
pero nunca se la pisa!

La Minoría de un Rey.

Drama en un acto y en verso, escrito expresamente para ser representado por la Sección de Tropa de la Academia de Artillería, en el cumpleaños de S. M. el Rey Don Alfonso XIII.

MAYO, 1909.

PERSONAJES

EL REY.—Don Fernando III.

DON LOPE DE HARO —Emisario de la Reina.

DON GONZALO GIRON.—Ayo del Rey.

DON ALVARO DE LARA

—DON FERNANDO DE LARA } Nobles rebeldes.

DON GONZALO DE LARA }

DON ALFONSO TELLEZ.—Embajador de León.

DON RODRIGO VALVERDE.—Emisario de la Reina.

UN HERALDO.

UN PAJE.

PAJES, MACEROS, SOLDADOS. ETC.



La Minoría de un Rey.

ACTO ÚNICO

El teatro representa un salón gótico del Palacio Real de Valladolid, al fondo un balcón corrido al cual dan acceso tres grandes puertas, a la derecha del actor, en primer término un trono con grada y dosel; en segundo término una puerta a la izquierda, otra puerta que se supone dar paso a las habitaciones del Rey; a los dos extremos del balcón, dos guardias.

ESCENA PRIMERA

HARO Y GIRÓN

GIRÓN Alborotado está el pueblo,
corren vientos de asonada.

HARO No lo extrañeis, ved los hombres
de las mesnadas de Lara
mezclados entre las turbas
de gente siempre abonada
al bullicio y al desorden,
que para ejercer sus mañas
de rateros y rufianes
les dán ocasión sobrada.

GIRÓN Pero que pretenden esos
feroces Condes de Lara?

HARO Destronar a nuestra Reina
ser del Rey tutela aciaga,
hacer su esclava a Castilla

y en ella cebar su saña,
para calmar su ambición
que no se sacia con nada
más que con ser Reyes de hecho,
ya que el derecho les falta.

GIRÓN Pues muy pronto tendrán Rey
que a su ambición ponga trabas;
D. Fernando es aún muy joven,
más si bondad no le falta,
tiene sobrada entereza
y alma tiene bien templada
para arrojar de su Reino
a los intrigantes Laras.

Si el Rey de León es bravo
no le va su hijo en zaga,
y nadie como él maneja
un caballo y una lanza.

HARO Gracias que le habéis traído
en vuestra noble compañía
sin que esos malditos Condes
conocieran su llegada;
de otro modo vuestra vida
y la suya peligraran.

GIRÓN Hubiera querido verlos
al alcance de mi espada!

HARO De nada sirve el valor
ante traidora emboscada.
Mas alguien llega.....

ESCENA II.

DICHOS Y UN PAJE

PAJE

Señor,
en este momento acaba

de llegar, un emisario
del Rey de León.

HARO

Entrada
dadle al punto (*Vase el paje*) D. Gonzalo
Os ruego que hagáis compañía
al Rey, mientras yo despacho
esta enojosa embajada.

(*Vase D. Gonzalo*)

ESCENA III

HARO Y TELLEZ

TELLEZ Sed, señor muy bien hallado

HARO Bien venido Dios os haga.

TELLEZ A la Reina Berenguela,
de mi señor bien amada,
traigo importante mensaje
y os ruego me déis entrada
donde pueda humildemente
postrarme a sus regias plantas.

HARO La Reina no está ya aquí;
huyendo de una asonada
de esos revoltosos nobles
a quien la ambición engaña,
ha días marchó a Palencia
donde segura se halla.
Más como por referencias
sabemos vuestra embajada,
como leal secretario
de la augusta Soberana
tengo orden de contestaros
cual si ella misma os hablara.
Decid, pues, lo que decir:

os manda vuestro Monarca.

TELLEZ Pues bien. D. Lope de Haro;
permittedme que antes haga
un resumen de la Historia
que origina mi embajada.

HARO La historia es bien conocida,
cuanto podéis abreviadla

TELLEZ Sabéis que casó mi Rey
con la esclarecida Infanta
D.^a Berenguela, hoy Reyna
de Castilla soberana,
de su hermano D. Enrique
por la muerte asáz temprana;
que después, viendo el Pontífice
la parentela cercana
que unía a los nobles cónyuges,
y que la boda efectuada
fué sin las sacras dispensas
en tal caso necesarias,
anuló aquel matrimonio,
separó aquellas dos almas
no sin que antes con un hijo
vieran su dicha colmada.

Vino la madre a Castilla
y el hijo allí se quedaba
a fin de que, para el trono
en la Corte se educara,
y el padre siguió reinando
entre tristes añoranzas
de su amada Berenguela
a quien jamás olvidara.

Mujer de ánimo esforzado
y de prudencia extremada,
supo regir a Castilla

en épocas bien precarias
y a la ambiciosa nobleza
tener siempre domeñada.

Llegó un día en que, hembra al fin
de tanto luchar cansada
al Rey reclamó su hijo
mancebo ya de esperanzas,
para que en lucha tan ruda
fuera su amparo y su guarda.

El Rey lo concedió al punto
y aquí entra ya mi embajada,

No creyendo que es bastante
lo hecho, nuestro buen Monarca
a Berenguela suplica
el que consienta que al Papa
se pidan con gran premura
las dispesas necesarias
para renovar sus bodas
uniendo al par de dos almas,
dos reinos que pueden mucho
en los destinos de España.

HARO

Señor Don Alfonso Tellez
la historia está bien hilada,
más permitidme que en algo
tenga que rectificarla.

Es verdad que se casaron
siendo ella su prima hermana;
lo supo el Papa y..... calló
dejando se consumaran
la bodas, sin oponer
el veto de la Tiara.

Si anular después le plugo
fué que alguien lo desmandara
(Tellez dá muestras de disgusto)

no digo quien, porque veo
 que ya ponéis mala cara,
 y respecto de ese idilio
 de amores y de añoranzas
 que con tan vivos colores
 me pintó vuestra palabra,
 de ello existen pocas pruebas
 y las pocas son contrarias,
 pues en lugar de ayudar
 a la valerosa Infanta,
 en su acertada regencia,
 a su gestión puso trabas.

En esa súplica que hace
 se adivina sin tardanza,
 que vuestro Rey ceñir quiere
 dos coronas muy preciadas,
 aunque una de ellas a su hijo
 no le importe arrebatarla.

TELLEZ Dejád que ante se la ciña.

HARO La ceñirá hoy.... ó mañana
 que esto, al fin, a nadie importa
 más que a nuestra Soberana.

TELLEZ También a mi Rey le importa
 y a impedirlo se prepara.

HARO ¿Y como?

TELLEZ Trás de mi vienen
 sus numerosas mesnadas
 de caballos y peones,
 para que en Castilla se haga
 lo que él desea.

HARO ¡Ola! ¡Ola!

¿Trás súplicas amenazas?

Pues decid a vuestro Rey
 que hay aquí buenas espadas,

y en defender a sus Reyes
Castilla nunca fué manca,
Id con Dios, Alfonso Tellez.

TELLEZ ¡Adios, Don Lope y él haga
que no os arrepintáis.

HARO Desprecio esas amenazas;
quién cumple con su deber
no tiene que temer nada.

TELLEZ (*Aparte*) Pues que aquí nada consigo
me entenderé con los Laras. (*Vase*)

ESCENA IV.

HARO SOLO

HARO ¡Que inmoderada ambición!
¡que ruda e innoble saña!
¡Con atacar a su hijo
un padre nos amenaza!

¡Funesto brillo del trono
que para escalar tus gradas,
entre el cieno de la envidia
así a los hombres arrastra!

¡Pobre D.^a Berenguela!
cuanto dolor, cuantas ansias,
para salvar a Castilla
ha sufrido la cuitada!

¡Oh! bien hace en abdicar
esa corona preciada
que para su sien Augusta
es demasiado pesada.

Y quiera Dios, que el mancebo
que está próximo a heredarla

tenga alientos suficientes
para poder conservarla.

D. ALV. *(Dentro)* ¿En donde D. Lope está?

ESCENA V.

HARO Y DON ALVARO DE LARA

HARO Aquí está Conde de Lara.

D. ALV. Deseo ver a la Reina,

HARO Conceder vuestra demanda
hoy no es posible D. Alvaro,
id a otra parte a buscarla
pues no está en Valladolid.

D. ALV. Eso es solo una añagaza
para que yo no la vea.

HARO Jamás la mentira empaña
el honor de Lope de Haro.

D. ALV. *(Yendo hacia la puerta de la izquierda)*
Yo he de ver.....

ESCENA VI.

DICHOS Y GIRÓN

GIRÓN *(Saliendo)* Conde de Lara,
quien se llama caballero
nunca así a las damas trata,
y menos aún a su Reina
que para un noble es sagrada.

D. ALV. Es que ya no quiere Reina
la nobleza castellana.

GIRÓN Muy nobles somos nosotros
y servila y acatarla
tenemos a mucha honra.

(Suenan dentro voces de) ¡Abajo la Reina!
¡Vivan los Regentes! ¡Viva Lara! etc.

D. ALV. Pues ya Castilla se cansa
de que una débil mujer
sea de ella soberana.

Ved el pueblo como grita
la voz del pueblo es sagrada.

HARO Esa no es la voz del pueblo,
esa es voz de la canalla
a la que vos escitáis
al motín y a la asonada.

D. ALV. Pues ya ruje y se propone
cual poderosa avalancha
asaltar este palacio
y saciar en él su saña.

GIRÓN Puede poco la traición
contra unas buenas espadas
que la lealtad esgrima.

D. ALV. A los Regentes proclaman.

HARO No hace ya falta regencia,
las minorías se acaban;
si la Reina abdica, tiene
Rey mozo para heredarla.

D. ALV. Con ayuda de León
desharemos esa trama.

GIRÓN Nosotros lo estorbaremos.

D. ALV. Temed siempre mi venganza.

(Vase)

ESCENA VII.

DICHOS MENOS LARA

GIRÓN Furioso ha salido el Conde.
HARO Siempre furias le acompañan;

y me temo de su enojo
 alguna aleve asechanza;
 estamos casi sin tropas,
 y por cierto que ya tardan
 en venir las estremeñas
 tan leales y tan bravas.

GIRON No temais, que la traición
 siempre su castigo halla.

(Se oye dentro ruido de armas y voces)

pero ¿que escucho? se baten
 sin duda alguna en la plaza.

(Van al balcón)

HARO ¡Pardiez! Que es a D. Rodrigo
 de Valverde a quien atacan;
 mensajero es de la Reina.

(Inclinándose fuera del balcón y gritando)

Corred al punto, Arias Dávila,
 socorred a D. Rodrigo
 a quien la chusma acorralla,
 llevad con voz a los hombres
 mejores de vuestra guardia.

Mirad, mirad a los Condes
 que acaudillan la canalla,
 más Rodrigo se defiende
 y el valeroso Arias Dávila
 con sus hombres a las turbas
 acuchilla por la espalda.....

Ya se abren paso..... la plebe
 se bate ya en retirada

Rodrigo corre hacia aquí
 y en pos de él corren los Laras.....
 Dávila los entretiene.....

ya está aquí.....

ESCENA VIII.

DICHOS Y DON RODRIGO

- D. ROD. D. Lope, gracias:
sino es por vuestro socorro
me deshace esa canalla.
- GIRÓN Serenaos D. Rodrigo;
¿estais herido?
- D. ROD. No es nada,
un rasguño en este brazo;
Más el tiempo en balde pasa
(a D. Lope) Tomad señor, estas letras
(le da un pergamino sellado)
de la Reima Soberana
y lo que en ellas dispone
desea que al punto se haga.
- HARO (Después de abrir el pergamino y leerle)
Señor Girón, estas letras
para dominar nos bastan
el motín; dad al Rey cuenta
y todo cuanto haga falta
preparad, para cumplir
lo que nuestra Reina manda
(Vase Giron)

ESCENA IX.

DICHOS MENOS GIRON

- HARO Importante es el mensaje
de la egregia Soberana.
- D. ROD. Por eso le defendía
con tal tesón en la plaza;

era muy poco mi vida
con tal de que a vos llegara.

D. ALV. (*Dentro*) ¿En donde está ese traidor?

ESCENA X.

DICHOS Y LOS TRES CONDES DE LARA, CON las espadas desnudas.

HARO ¿Quién aquí de traición habla?

D. ALV. Traidores son los que os traen
de Berenguela las cartas.

HARO ¿Son traidores los que sirven
fieles a la augusta dama
que el destino de Castilla
rige con prudencia rara,
o lo son nobles rebeldes
que su magestad atacan?

D. FER. Es que no queremos Reina.

(*a D. Rodrigo*) Vengan al punto esas cartas.

D. ROD. Diera mil veces la vida
antes, Conde, que entregároslas.

HARO Calmad, Lara, la impaciencia,
que os serán comunicadas
tal vez muy pronto esas letras
porque tenéis tantas ansias.
¿Decis que no quereis Reina?
Pues vuestra dicha es colmada.
Ya no hay Reina.

D. ALV. ¿Como es eso?

Esplicad vuestras palabras.

HARO Ya abdicó la excelsa Reina.

D. GONZ. ¿Y la corona a quien pasa?

HARO Al legítimo heredero
a su hijo Fernando.

- D. ALV. Basta;
tendremos al fin regencia.
- HARO De eso yo no digo nada,
pero yo creo que al Rey
no gusta le pongan trabas,
ni necesita tutores
ni andadores le hacen falta.
- D. FERN. Cuando venga lo veremos
que al de León no le agrada
que su hijo reine en Castilla
y en León le tendrá en guarda.

ESCENA XI.

DICHO Y GIRÓN

- GIRÓN (*Saliendo*) El Rey está ya en Castilla.
- D. ALV. ¡Artificiosa patraña!
espías tengo que hubieran
avisado su llegada.
- GIRÓN Pues los espías son ciegos
o torpes, u os engañan;
el Rey está ya en Castilla,
os lo abona mi palabra.
- D. ALV. ¿Y donde ese Rey está?
- REY (*Saliendo*) Aquí está, Conde de Lara.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS Y EL REY

(Acompañando al Rey, salen dos pajes y un heraldo entre dos maceros;
los pajes llevan en bandejas, uno la corona y el otro el cetro; van
a colocarse a los dos lados del Trono; el heraldo y los maceros
quedan cerca de la puerta).

- LARA ¡Muera! (*Queriendo atacar al Rey*).
- REY ¡Eh! Dejad ya quietas

y volved a la vaina las espadas;
para batir a los osados moros
debéis tan solo, Condes, conservarlas.

Para atacar a vuestro Rey os fuera
de más provecho manejar la daga
del aleve asesino ¿Y sois vosotros
los que espuela al talón calzáis dorada
y blasonáis de altivos caballeros
y en el cinto lleváis la noble espada?
¿Así los hijos del leal D. Nuño
manchan del padre las honradas canas?

D. FERN. *(Confuso)* ¡Señor!

D. ALV. ¡Señor! Nosotros no creíamos.

REY *(Al heraldo)* Leed, heraldo, de mi madre amada
las letras que hoy desde Palencia envía
de Caslilla cual Reina Soberana.

HER. *(Leyendo)* Nos, D.^a Berenguela, Reina de Cas-
tilla por la gracia de Dios, a todos los que la pre-
sente vieren y entendieren, sabed: Que cansada
ya de luchar y conociendo que es muy débil una
mujer para sujetar y hacerse obedecer de hombres
de hierro como los que continuamente me comba-
ten, vengo gustosa en abdicar con todas sus pree-
minencias y privilegios, esta corona que me oprime
y nombro por mi sucesor y heredero a mi amado
hijo D. Fernando, tercero de este nombre y deseo
que su solemne proclamación se haga enseguida,
con arreglo a lo que nuestras leyes ordenan.—Yo
la Reina.

*(Durante esta lectura, se oye una marcha mili-
tar que se va acercando).*

D. ALV. De vuestro padre el formidable ejército
viene a impedir lo que la Reina manda.

HARO *(Al balcón)* Os engañáis que son de Extremadura

las milicias más fieles y más bravas
y a su cabeza están los aguerridos
valientes tercios de Segovia y Avila.

D. ALV. ¡Maldición!

D. FERN. ¡Otra vez nos han vencido!

REY *(Yendo a ocupar el trono)*

Vuestras acciones por venganza claman;
más quiero que inaugure mi reinado
un acto de clemencia soberana.
Idos Condes, volved a los castillos
que mi difunto abuelo os regalara
y que vuestra soberbia ha convertido
en nidos de feroces alimañas

En ellos olvidad vuestros desmanes
y de leales conquistad la fama;
de otro modo, uno a uno os los quito
y los doy a quien mas me satisfaga,
y pensad que cabezas de traidores
en el tajo rodar pueden mañana.

No olvidéis que en Castilla hay un verdugo.
(al Heraldo)

Heraldo, según rezan las pragmáticas
proclamadme por Rey ante Castilla,
como la Reina en su decreto manda.

HERALDO *(Va al balcón seguido de los maceros)*

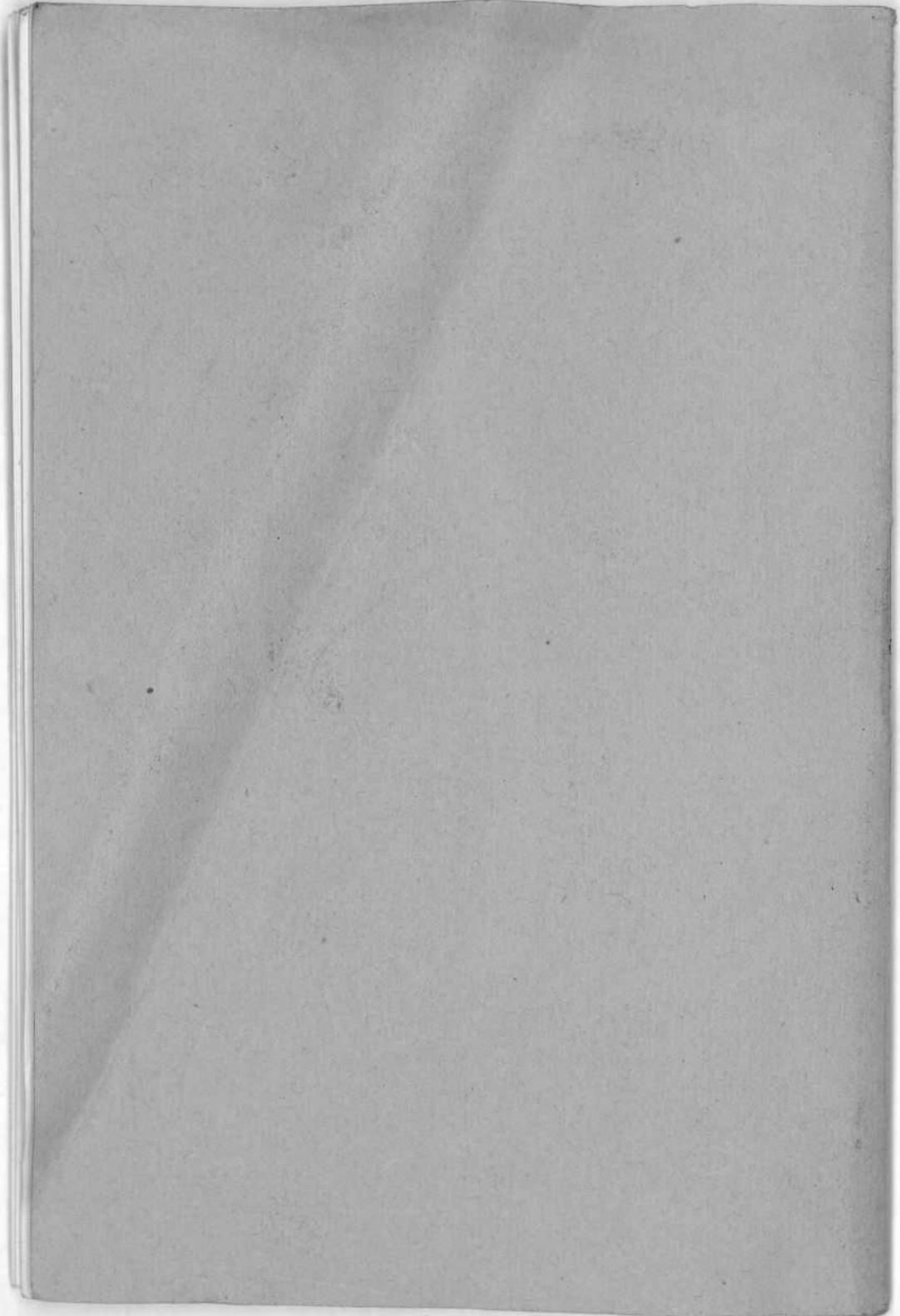
¡Castilla, Castilla por D. Fernando tercero!

VOCES *(dentro)* ¡Viva el Rey!

OTRAS ¡Viva!

*(Se oyen los acordes de las músicas hasta que
el telón baje lentamente).*





SEGOVIA

- VERRSO Y

PROSSA -